

---

## DIFUSIÓN DEL CRISTIANISMO

---

### EL INDIVIDUALISMO EN LOS ALBORES DEL HELENISMO

«El desarrollo del individualismo es una característica que se manifiesta con fuerza desde los albores de la época helenística, constituyendo, sin duda uno de los elementos definitorios de este periodo. Su proyección religiosa se tradujo en la búsqueda de una religión personal que respondiera a las necesidades físicas y espirituales de los hombres, independientemente de su extracción social. El auge de los cultos salvadores, considerados en sentido amplio e incluyendo entre ellos los místicos, es una buena muestra de lo dicho. Aparte de esto, existe una religiosidad popular, compuesta de múltiples facetas, como la magia, la astrología, la mántica, etc., donde se entremezclan elementos distintos que van desde los filosóficos, o una degeneración de los mismos, a la superstición.

La aspiración a hallar ayuda y consuelo en los dioses, frente a las adversidades de la vida y especialmente frente a su manifestación física más negativa, el dolor, encuentra reflejo en la preferencia evidenciada por los helenísticos hacia las divinidades de carácter salutífero. Entre ellos, sobresale la figura de Asclepio, el dios griego de la medicina, y al que se atribuían curaciones sorprendentes». [Arminda Lozano, en Alvar, 1995: 134]

### LA IDEA DE PECADO – CONFESIÓN Y EXPIACIÓN DE LOS PECADOS

«La región minorasiática tiene una especial importancia en cuanto a la idea de pecado, pues en ninguna otra región del mundo antiguo se manifiesta con tanta frecuencia y fuerza el sentido del pecado, su castigo y expiación. Esta constatación se debe a que se trata de algo originario de ella, autóctono, pues tanto la tradición sobre ello como las divinidades con que aparece relacionado con originarias de Asia Menor». [Arminda Lozano, en Alvar, 1995: 138 s.]

### AMBIENTE PAGANO DEL CRISTIANISMO PRIMITIVO

«En los comienzos del cristianismo, el Mediterráneo había logrado una uniformidad política, administrativa y religiosa. Roma nunca impuso la religión greco-romana, permitiendo la coexistencia de muchos cultos diferentes. Solo en Hispania se conocen cerca de 400 nombres indígenas de dioses y otros tanto en la Galia. Esta política de tolerancia religiosa seguida por Roma había tenido sus precedentes en la política de Alejandro Magno y de sus seguidores y antes en la del Imperio Aqueménida. Las religiones indígenas, la griega y la romana, se yuxtaponían sensiblemente. Todas las religiones que Roma

conoció, salvo la judía, eran politeístas y nacionales, lo que excluía que no se intentaran propagar fuera de los límites del país. Una de las características de la religiosidad antigua fue el sincretismo por el que se tendía a equiparar todos los dioses.

Los cristianos y los judíos, que eran monoteístas y que adoraban al mismo dios y le tributaban culto, eran exclusionistas: no había más dios que el suyo. Los romanos –por el contrario– no tenían escrúpulos en participar en los ritos de otros pueblos; también aceptaban gustosos que los pueblos sometidos rindieran culto a los dioses de Roma, lo que se consideraba una señal de lealtad.

Las conquistas de Roma ampliaron el panteón grecorromano al incorporar muchos dioses de los pueblos vencidos. Muchos teónimos indígenas hispano de carácter astral se incorporaron, identificándose con Júpiter; otros muchos con Marte, principalmente entre los pueblos del Norte de la Península Ibérica. César emparentó a los dioses principales de los galos con los del panteón romano.

En Siria los numerosos Baales, señores de las ciudades, se asimilaron a Júpiter. Ritos y mitos pasaron de las religiones indígenas a la romana y viceversa. Sin embargo, el Imperio Romano, en época ya avanzada, tendió a un monoteísmo solar que estuvo a punto de alcanzarse con Heliogábalo y con Aureliano. En este caso se trataba del culto al Sol Invicto, traído de Emesa y de Palmira.

Ya Plutarco, a comienzos del siglo II, había profesado un monoteísmo de principio y un politeísmo de hecho, al formular una teología del sincretismo monoteísta y defender que no existían diversos dioses para diferentes pueblos, ni dioses de los pueblos bárbaros y de los griegos, ni de las gentes del sur o del norte. Creía este autor griego que solo había una Inteligencia, que reinaba en el mundo y una sola providencia que los gobernaba y unos mismos poderes que actuaban por doquier. Los nombres y las formas de culto se intercambiaban». [Blázquez, 1990: 51 ss.]

## **CULTOS MISTÉRICOS**

«En la confrontación del cristianismo con la religiosidad pagana, los cultos místéricos desempeñaron un papel de primer plano. Los cultos místéricos eran de origen oriental, siendo muchos de ellos bien conocidos en Grecia antes de la aparición del cristianismo. Eran muy variados entre sí, pero todos liberaban a los iniciados de las potencias cósmicas, del destino y de la muerte.

El iniciado se imaginaba la vida de ultratumba en compañía de la divinidad; de hecho, los cultos místéricos se dirigían –a diferencia de la religión romana oficial– siempre al individuo. La salvación se garantizaba mediante dos ritos. Uno era de iniciación, se realizaba solo una vez y consistía en un lavatorio o rito de purificación que permitía participar en un segundo rito principal, cuyo fin era la deificación del iniciado. Ello se conseguía mediante el cumplimiento de ciertas acciones sagradas, la comunión de fórmulas culturales y la exhibición de símbolos.

En todos los misterios existía una catequesis, al igual que en el cristianismo. Junto a los ritos privados, existían otros públicos en los que la música, la danza y la flagelación desempeñaban un papel importante. Así, en los de Cibele, Atargatis o Elagabal.

Todas las divinidades místicas eran, en origen, de carácter agrario. La vida, la pasión, la muerte y la resurrección del dios no hacían sino traducir el ciclo de la vegetación. Ningún dios místico fue personaje histórico.

Los cultos místicos no elaboraron una teología uniforme, debido a sus diferentes orígenes. En algunos de ellos, como en los de los dioses sirios Atargatis o Elagabal, en el de la diosa anatólica Cibele o en el del tracio Dioniso, había rituales obscenos que chocaron con la mentalidad grecorromana.

Entre los iniciados no se estableció ninguna diferencia, ni por su origen geográfico, ni por su riqueza o estrato social, ni por su cultura. Todas las gentes eran admitidas en pie de igualdad, como también sucedió en el cristianismo. Una persona podía iniciarse en varios misterios a la vez.

Sobre los cultos místicos estamos mal informados, debido al cumplimiento del precepto de no desvelar los rituales. Los monumentos conocidos de estos cultos son muchos, pero a veces difíciles de interpretar». [Blázquez, 1990: 52 ss.]

## **RELIGIONES MÍSTICAS Y CRISTIANISMO**

«Los escritores cristianos, Justino, Tertuliano, Clemente de Alejandría, Minucio Félix, etc., fueron conscientes del notable parentesco entre ciertos cultos místicos y el cristianismo.

Justino, en su *Apología* (66), afirma que la eucaristía fue imitada en los misterios de Mitra por perversos demonios. En el culto de Atis, tras el bautismo de la sangre de toro que recibía el neófito, asimilada a la sangre del mismo Atis, se celebraba el rito del banquete sagrado. No se trata de un banquete comunitario; al parecer, el banquete sagrado tenía como objeto comunicar a los fieles por el alimento, la sustancia del dios. Se trata de un rito de comunión que unía a los fieles entre sí, con la divinidad salvadora.

Las analogías entre los cultos místicos y el cristianismo son evidentes, pero las diferencias también son notables. La doctrina paulina de la salvación por la asimilación del creyente a Cristo es difícil de interpretar sin el influjo de las religiones místicas.

Ningún dios místico fue un personaje histórico, como lo fue Cristo. Las religiones místicas, en origen, eran siempre de carácter agrario y el cristiano no posee este carácter. Los dioses místicos mueren víctimas de la fatalidad: su muerte y su resurrección traducen el ciclo de la vegetación. La muerte de los dioses místicos carece de alcance cósmico, al contrario de la muerte de Cristo, según el criterio de Pablo. Su muerte no es redentora, pues no pretendían redimir al mundo, ni al individuo. Su muerte era accidental y no respondía a un plan salvífico planeado por Dios.

La idea, tan querida a Pablo, de la Iglesia como cuerpo místico de Cristo, es ajena a las religiones místicas.

Recientemente, se considera que las religiones místicas no pudieron influir en el cristianismo, sino más bien al revés, pues el auge de estas religiones es posterior a la aparición del cristianismo; sí se puede afirmar que el cristianismo es una religión sincretística y mística». [Blázquez, 1990: 53 ss.]

## EL CRISTIANISMO Y EL CULTO AL EMPERADOR

«El culto al emperador fue uno de los grandes puntos de fricción entre Roma y el cristianismo. Este culto arranca del culto a los monarcas helenísticos; ya Alejandro recibía en vida honores divinos y los sacerdotes del oráculo de Siwah, en el norte de África, le proclamaban hijo de Zeus Ammón. Los monarcas lágidas eran dioses salvadores en vida.

Demetrio Poliorcetes y su padre Antígono fueron divinizados en vida por los atenienses en el año 291-290 a.C., al igual que lo fue el general espartano Licurgo, el vencedor de Atenas, en el año 404.

Tales son los precedentes del culto a los emperadores, a los que no parece que fuera ajena la *devotio ibérica*, por la que se consagraban los antiguos iberos a sus jefes: Ya Q. Cecilio Metelo recibió honores divinos de los indígenas en Córdoba, después de sus victorias sobre Sertorio.

En Roma, César aceptó del Senado y del pueblo honores semejantes a los dioses y fue incluido en el año 42 a.C. como el divino Julio, entre los dioses del Imperio. Su hijo adoptivo, Octavio, se llamó hijo del divino César. Marco Antonio y Cleopatra fueron divinizados en vida, siguiendo la misma costumbre que Augusto; sin embargo, aquel evitó asimilarse a cualquier divinidad. Recibió honores de tipo carismático, pero evitó la divinización propiamente dicha.

Augusto permitió en el año 27 a.C. la construcción de un templo, en Éfeso y en Nicea, a Roma y al divino Julio. Después del año 27 a.C. se generalizaron en el Oriente los templos dedicados a Roma y a Augusto. A su muerte, en el año 14, el Senado decretó la apoteosis.

El Senado, muerto el emperador, decidía si admitirle entre los dioses o condenarlo a la *damnatio memoriae*. Calígula y Domiciano se divinizaron en vida. El culto al emperador careció de un genuino sentimiento religioso. Durante el siglo III se desarrolló una verdadera teología solar; entre el emperador y el sol existía una cierta tangencialidad. Esta teología solar, de origen oriental, sirvió de apoyo a los Severos, a Aureliano y después a la tetrarquía.

Para el gobierno romano, el culto imperial era una prueba de lealtad hacia el Imperio. Este se encuentra en la base de las persecuciones contra los cristianos. Los cristianos solo aceptaban que hubiera un único Hombre-Dios, que era Cristo, aunque rogaban por la salud y prosperidad del emperador y del Imperio». [Blázquez, 1990: 54 ss.]

## INFLUJO DEL PLATONISMO EN EL CRISTIANISMO

«El influjo del llamado platonismo medio (50 a.C.-250 d.C.) sobre el cristianismo fue grande. Filósofos platónicos de estos años fueron Albino de Pérgamo, Apuleyo de Madaura, Filón de Alejandría, Plutarco y Ammonio Saccas.

Con Plotino (205-270) hizo su aparición un sistema de lo trascendente totalmente elaborado: la filosofía se convirtió en teología. Dios es la única causa del ser, de la existencia del espíritu y de todas las cosas. El alma confiera vida a los cuerpos, a los hombres, a las plantas y los animales y el alma cósmica al universo. Las almas individuales descienden al mundo corpóreo para cumplir la misión encomendada por la voluntad divina, pero corren el peligro de morir en la atadura de la materia. El pensamiento de Plotino está, en algunos aspectos, cerca de las corrientes gnósticas y del cristianismo.

Ya el apologista Justino señaló que la filosofía de Platón presentaba muchos puntos de contacto con la doctrina de Cristo. Sin embargo, hubo otros puntos de fricción. Platón defendió la preexistencia y la transmigración de las almas, teoría adoptada por Orígenes, lo que le causó su condena. Tertuliano, en su trabajo *Sobre el alma*, refutó las ideas de Platón sobre este particular. Igual hizo, algo después, el apologista africano Arnobio en su *Contra las naciones*.

Las ideas sobre el Universo de Platón fueron igualmente rechazadas por Hipólito de Roma. Arnobio, por el contrario, no aceptó –implícitamente– la doctrina bíblica de la creación del Universo, admitiendo como doctrina de Cristo el mito de Platón en el *Timeo*.

La escuela cristiana de Alejandría tuvo preferencia por la filosofía de Platón, como lo prueba el *Pedagogo* de Clemente de Alejandría con sus frecuentes citas de los trabajos morales de Platón o de Plutarco. Su discípulo, Orígenes, acusa en el *Contra Celso* las influencias de Platón al sostener la tesis platónica de que la meta del Estado no es el aumento de poder, sino la expansión de la civilización y de la cultura.

De raíz platónica es también la teoría de Orígenes, expuesta en su tratado *Sobre los Principios*, de que antes de este mundo existían otros, de la misma forma que al presente sucederán otros mundos en sucesión ilimitada.

El más firme adversario de Orígenes, Metodio, obispo de Licia, mártir en el año 311, asiduo lector de Platón, concibió su obra titulada el *Banquete*, como réplica cristiana al tratado del gran filósofo ateniense.

Los santos padres no hicieron pues sino verter el dogma cristiano en moldes platónicos dando una visión platónica a un dogma semita.

Junto al influjo de estas corrientes filosóficas en el cristianismo primitivo, el judío Filón de Alejandría, que vivió en época julio-claudia, también impactó en el pensamiento cristiano. Clemente de Alejandría leyó frecuentemente sus obras que se encontraban en la biblioteca de Cesarea.

Filón pretendió hacer asequible a la intelectualidad pagana la revelación bíblica, sirviéndose para ello de la filosofía de Platón. Para explicar el *Antiguo Testamento* utilizó mucho el comentario alegórico, método que después emplearían los Santos Padres en la interpretación de las *Sagradas Escrituras*.

Es importante su teoría del *logos, sofía o dynamis*, en la que habla de la fuerza de Dios o del *Logos* como una nueva propiedad divina. En algunos escritos los designa como intermediarios entre el Creador y la creación; al *Logos* refirieron los judíos alejandrinos algunas angelologías y teofanías del Antiguo Testamento: el *Logos* es alma y cabeza del mundo.

Filón, partiendo de ideas platónicas y aristotélicas, creó una ética de signo teológico en la que admitió la libertad de acción del hombre, capaz de obrar el mal y el bien. En Filón hay una doctrina de la gracia divina y encontramos también en su obra el tema del perdón de los pecados. Admite Filón que ningún hombre está exento de pecado a causa de su imperfección, advirtiendo que la purificación del alma se logra mediante una piedad renovada.

Filón proclamó la misión ecuménica de Israel: los judíos forman el único pueblo que adoró al verdadero Dios. Una concepción nueva de Filón es hacer incompatibles el judaísmo con la doctrina de la deificación de carácter místico, al referirse a los acontecimientos del Sinaí.

Detrás de las interpretaciones pneumáticas del judaísmo, del *Nuevo Testamento*, de algunos de los Padres Apostólicos, de las corrientes gnósticas incipientes y de Clemente de Alejandría, se perciben claramente las interpretaciones de los escritos de Filón». [Blázquez, 1990: 62 ss.]

## **OPOSICIÓN Y AFINIDADES ENTRE CRISTIANISMO Y PAGANISMO**

«Algunos de los ataques paganos al cristianismo son pueriles o indican una absoluta ignorancia de sus doctrinas y de su espíritu. La crítica de las *Sagradas Escrituras* por parte de Porfirio es, por el contrario, realmente inteligente y se adelanta a la exégesis bíblica moderna.

Porfirio (232–304) fue un filósofo neoplatónico griego discípulo de Plotino. A él le debemos la sistematización y publicación de la obra de Plotino (*Enéadas*) y su biografía (*Vida de Plotino*). En el año 270 escribió en Sicilia sus 15 libros contra los cristianos, cuya lectura fue prohibida por Constantino. En ellos refutaba la doctrina cristiana centrándose sobre todo en la cuestión de la divinidad de Jesucristo. Cuatro escritores cristianos de primera fila refutaron su obra, Metodio, Eusebio, Apolinar y Filostorgio, lo que prueba que le consideraban un enemigo peligroso.

Otros autores cristianos alaban su inteligencia; Agustín le califica de “filósofo noble, el mayor filósofo de los gentiles, el más docto de los filósofos, aunque acérrimo enemigo de los cristianos”, y Jerónimo, que tenía un temperamento apasionado, le llama “necio, impío, blasfemo, desvergonzado, calumniador de la Iglesia y perro rabioso contra los cristianos”.

Porfirio es el fundador de la exégesis bíblica, al defender que el *Pentateuco* no podía remontar a Moisés y que el libro de *Daniel* era de los tiempos de la persecución de Antíoco IV.

Cuan Porfirio publicó su obra contra los cristianos hacia el año 270, la situación era muy diferente de la que vivió Celso. El cristianismo había sufrido dos grandes persecuciones, la de Decio y la de Valeriano, y había visto cómo el emperador Galieno devolvía la paz y los bienes incautados a la Iglesia. El cristianismo era ya una potencia religiosa con la que había que contar.

Después de la escuela de Alejandría, el cristianismo había asimilado la cultura griega. Porfirio era un hombre que había vivido en Roma y había disputado durante muchos años con los gnósticos y con los doctores de la Iglesia.

Los paganos basaban el enfrentamiento con los cristianos en la falta de respeto, por parte de estos, al *mos maiorum*, es decir, a las costumbres de los antepasados. Los cristianos eran, a su juicio, los únicos que rechazaban la tradición como criterio de verdad. Un texto de las *Homolías pseudo-clementinas* pone de manifiesto el punto de vista de los cristianos al respecto: "No hay que conservar a cualquier precio los usos e los antepasados, sino solo mantener lo que es conforme a la piedad y arrojar lo que no lo es. Hay una gran diferencia entre la verdad y la costumbre. La verdad, si se la busca sinceramente, se la acaba por descubrir. La costumbre, sea la que sea, reposa sobre la verdad o sobre la mentira y se afirma por ella misma sin reflexión".

Algunos ataques contra determinados aspectos del cristianismo van directamente también contra los propios paganos, como la crítica de la encarnación: la mitología estaba plagada de dioses nacidos en la tierra.

En el seno del paganismo había una fuerte oposición entre las creencias de los intelectuales y las de la masa indocta. Tan chocantes como ciertas doctrinas cristianas eran muchos rituales de las religiones místicas que también creían en la resurrección. En este sentido el cristianismo estaba mucho más cerca de las religiones místicas que la religión grecorromana. Dioses que sufrían, morían y curaban eran bien conocidos en la religión grecorromana; así Heracles, simple mortal, convertido en dios por los dioses olímpicos para premiarle de los grandes favores prestados a los hombres.

Otro punto de fricción entre cristianos y paganos fue la creación del universo a partir de la nada. Sin embargo, la teoría platónica de la creación del mundo a partir de una materia eterna preexistente, debida al demiurgo, llenaba en gran medida el abismo entre ambas religiones.

La doctrina eclesiástica de la ascensión del alma a los cielos después de la muerte y la creencia en la beatitud desencarnada hasta la resurrección de los cuerpos pudo ser aceptada también por quienes creían en una inmortalidad astral. Tanto los cristianos como los devotos de Mitra creían en una resurrección universal y en una retribución inmediata.

La oposición entre el monoteísmo judeo-cristiano y el politeísmo romano no era, en la práctica, tan abismal como pudiera parecer, pues el pensamiento

religioso pagano tendía hacia un monoteísmo solar en el que los dioses no eran más que encarnaciones o servidores de este dios supremo.

Cristianos y paganos vivían un mismo mundo, poblado de seres sobrenaturales que intervenían continuamente en la vida de los individuos y en el cosmos.

Todos estos datos indican que la oposición entre unos y otros era insalvable, en teoría, pero en la práctica los puntos de contacto eran también numerosos». [Blázquez, 1990: 71 ss.]

## **EXTRACCIÓN SOCIAL DEL CRISTIANISMO PRIMITIVO**

«La mayor parte de los cristianos eran esclavos, libertos, artesanos y, en general, gente inculta; así lo afirman Celso y Cecilio y lo admiten los apologistas.

Sin embargo, el cristianismo contó también desde el principio con seguidores en las clases superiores. En los *Hechos de los Apóstoles* se afirma que en Tesalónica y en Berea se hicieron cristianos “no pocas mujeres de las clases elevadas”. La *Carta* de Plinio el Joven a Trajano puntualiza que los cristianos proceden de todos los estamentos de la sociedad. La *Carta de Santiago* ataca ferozmente a los cristianos ricos y en tiempos de Valeriano había cristianos entre los senadores y *équites*. Muchos de ellos alcanzaron, durante el gobierno de la Tetrarquía, las más altas magistraturas.

En la *familia Caesaris* de mediados del siglo I figuraban algunos cristianos, como también debían serlo T. Flavio Clemente y su esposa Domitila, parientes de Domiciano. Tertuliano atestigua la presencia de ellos en el palacio real de Septimio Severo. Maximino el Tracio, Dacio y Valeriano trataron de expulsarlos de la corte, pero regresaron en tiempos de Galieno». [Blázquez, 1990: 89 ss.]

## **EL CRISTIANISMO Y LAS MUJERES**

«En las *Cartas* de Pablo se mencionan ya algunas cristianas, como Febe “ministra de la Iglesia de Cencre” y Prisca. Algunas de ellas figuraban al frente de comunidades, como Ninfa entre los Colosenses. Dos mujeres, Evero y Sintique, había cooperado en la fundación de la iglesia de Filipo. La iglesia de Jerusalén reunía a su comunidad en casa de María.

En el siglo II existía ya la institución de las viudas diaconisas, como atestigua una *Carta* de Plinio el Joven a Trajano. También sabemos que hacia la mitad de este siglo las mujeres enseñaban, lo que era aceptado por los clérigos.

En el movimiento montanista desarrollado en Frigia, intervinieron activamente dos mujeres, Maximila y Priscila; algo parecido sucedió entre los gnósticos. Según el testimonio de Tertuliano las mujeres herejes hacían exorcismos, curaban y celebraban la eucaristía. Este hecho fue decisivo, pues la Iglesia, al enfrentarse a los gnósticos, lo hizo también contra las mujeres que, desde finales del siglo II, no volvieron a ocupar cargos en ella.

Se conocen los nombres de muchas damas nobles cristianas o amigas de cristianos: Marcia, amante del emperador Cómodo; Julia Mammea, esposa del emperador Septimio Severo; Victoria, Secunda y Restituta, de familia senatorial cartaginesa: la esposa e hija de Diocleciano, etc.

Los matrimonios mixtos entre paganos y cristianos no fueron infrecuentes. Pablo, que no quería la separación de este tipo de matrimonios, expresó su confianza de que el cónyuge cristiano convirtiera a la otra parte. Tertuliano condena tajantemente los matrimonios mixtos al igual que Cipriano y que varios cánones del Concilio de Elvira (Granada), celebrado a comienzos del siglo IV.

El papa Calixto autorizó a las jóvenes cristianas de la alta aristocracia romana a casarse con esclavos o con hombres de baja condición sin contraer matrimonio civil válido, lo que, según el derecho romano, era un contubernio. Esta medida significó un gran avance dentro de la Iglesia en el aspecto social, pues tendía a borrar las diferencias entre clases. De este modo se creó un derecho matrimonial eclesiástico frente al derecho civil. La medida del papa Calixto prueba también que el número de cristianas era superior al de varones». [Blázquez, 1990: 90 ss.]

Calixto I (155-222) fue el papa nº 16 de la Iglesia católica de 217 a 222. Nacido esclavo en el seno de una familia de origen griego, en cuya lengua su nombre significa "el más bello" (kallistos), no abrazó el cristianismo hasta la edad adulta. A la muerte del papa Ceferino, papa nº 15 de la Iglesia católica de 199 a 217, Calixto es elegido como su sucesor. La circunstancia de ser un esclavo liberado no era un impedimento para ser elegido papa hasta que León I el Magno (papa nº 45 de la Iglesia católica, desde 440 hasta 461), así lo dispuso.

## **ASISTENCIA SOCIAL**

«La beneficencia cristiana contribuyó en gran medida a extender el cristianismo entre las clases bajas. El Evangelio predicaba el amor al prójimo y la limosna. Abundan las palabras de Jesús que incitan a la caridad con los demás y muchas actuaciones suyas están en esta misma línea.

Los discípulos imitaron al maestro. Luciano de Samosata ha escrito sobre el particular: "Su primer legislador ha impreso en sus ánimos la creencia de que todos son hermanos, siempre que sucede algo, que toca a sus intereses comunes. ¡Nada parece en estos casos demasiado difícil y penoso".

Los escritores cristianos aceptaron la propiedad privada, pero dándole un eminente carácter social. Solo Basilio y Crisóstomo, en el siglo IV, arremetieron contra ella.

Justino exhorta en su *Apología* a que quienes tienen bienes materiales den lo que puedan al intendente, para que este socorra a las viudas, a los huérfanos y a los necesitados, sean estos enfermos, prisioneros o forasteros.

Tertuliano, por su parte, menciona en su *Apología*, la existencia de una caja común a la que contribuyen los cristianos con una pequeña aportación

voluntaria. Esta cantidad sufragaba la sepultura de los pobres, el cuidado de los pobres huérfanos sin recursos, la asistencia a los viejos o a los enfermos o a los condenados por su fidelidad a la Iglesia.

La beneficencia cristiana estaba también relacionada con el culto. Cada domingo y una vez al mes –o cuando los fieles lo consideraran oportuno– los fieles entregaban dinero al intendente para que este lo repartiera. Pero existían también donaciones extraordinarias: cuando Marción entró a formar parte de la comunidad romana en el año 139, entregó 200.000 sestercios.

De los escritos de Cipriano se desprende que junto a la caridad eclesiástica funcionaba una beneficencia privada. El obispo de Cartago afirma que en su comunidad se recogía en poco tiempo más de 100.000 sestercios.

La Iglesia atendía a los encarcelados por deudas o a los prisioneros encarcelados por profesar la fe cristiana, visitándolos, consolándolos y socorriéndolos.

La visita a los presos corría a cargo del diácono, quien procuraba no solo aliviar sus desastrosas condiciones de vida, sino también rescatarlos. El rescate dependía no tanto de la comunidad cristiana como de la generosidad de los privados.

Las minas eran verdaderos campos de concentración, como cuenta Cipriano en su *Carta* (7,6), dirigida a los cristianos que trabajaban en ellas durante la persecución de Valeriano. Vivían en condiciones sumamente precarias; eran apaleados, llevaban grillos en los pies, recibían poca comida, etc.

Eusebio cuenta algunos casos verdaderamente heroicos, como la visita de los cristianos de Egipto a sus hermanos en la fe, condenados a trabajos forzados en las minas de Cilicia, durante la persecución de Diocleciano.

La mayor desgracia que podía sucederle a un pagano es que no se diera sepultura a su cuerpo. La Iglesia puso especial interés en que los cristianos pobres tuvieran sepultura. En África, según testimonia Tertuliano, la comunidad cristiana costeaba la sepultura de los pobres. Después del sepelio, se recitaban oraciones por las almas de los difuntos, según alude también Tertuliano.

Respecto a los esclavos, la Iglesia nunca luchó por abolir este *status*, considerándolo como algo natural y ordenándoles obedecer a los amos. Los escritos del *Nuevo Testamento* mencionan la existencia de esclavos cristianos de dueños paganos y viceversa.

Sin embargo, la Iglesia cuidó de los esclavos cristianos, contribuyendo así a mejorar su suerte, al considerarlos hermanos dentro de la comunidad con todos sus derechos; algunos llegaron incluso a ser clérigos e incluso obispos, como Pío y Calixto, ambos obispos de Roma. También se amonestó a los dueños para que trataran bien a sus esclavos.

La costumbre cristiana de emancipar a los esclavos debió de ser antigua. De la *Carta* de Ignacio de Antioquía a Policarpo de Esmirna se desprende que muchos esclavos eran rescatados mediante la caja de la comunidad.

La asistencia cristiana también se ejerció en casos de grandes calamidades públicas, socorriendo a cristianos y paganos. En la *Carta a los Hebreos* se elogia a una comunidad por la ayuda prestada a la población en época de gran calamidad y miseria. Las fuentes antiguas aluden también a los socorros prestados durante las pestes.

El cristianismo valoró muy positivamente el trabajo; su fundador había sido, de hecho, un artesano y los cristianos trabajaron en todo tipo de profesiones lícitas, según el citado testimonio de Tertuliano.

Santiago asentó el criterio de que todos los trabajadores tenían derecho a un salario justo, criticando duramente a quienes defraudaban a los trabajadores.

En relación con este tema figura también la hospitalidad. Los diáconos cuidaban principalmente de los forasteros, como afirman Clemente Romano y Justino. Dionisio, obispo de Corinto en época del emperador Marco Aurelio, alaba a la comunidad de Roma por mantener su antigua costumbre de socorrer a los extranjeros. La Iglesia de Roma se distinguió siempre por el ejercicio de caridad, según afirmación de Ignacio de Antioquía, lo que le dio gran prestigio entre las demás». [Blázquez, 1990: 91 ss.]

## **EL CRISTIANISMO COMO TERCERA ESTIRPE**

«Fueron los pensadores cristianos quienes, percibiendo la originalidad del cristianismo, elaboraron la teoría de que este era la tercera estirpe, siendo las otras dos el paganismo y el judaísmo.

Esta distinción se encuentra ya en el *Kerygma Petrou*, donde se opone a las tradiciones judías y paganas, ya en declive, el nuevo culto cristiano, y en la *Carta a Diogneto*, donde se presenta el cristianismo como doctrina original de carácter estrictamente religioso.

Para Arístides esta división tripartita poseía un valor nacional y social. También cabría definirla como original pues hasta entonces el mundo antiguo se subdividía en griegos y bárbaros.

Desde comienzos del siglo II los cristianos se autocalificaban de “tercera estirpe” por el modo de rendir culto a Dios; hacia el año 240 habían aceptado ya plenamente esta título que, sin embargo, solo se encuentra en Occidente.

A partir de la mitad del siglo III esta expresión fue sustituida por la de “pueblo”, concebido como un Estado dentro del Estado; de aquí deriva el peligro que para Roma significó la Iglesia por estos años. La cruel persecución de Decio responde al hecho de que el Estado y el emperador se dieron cuenta de las pretensiones de este “nuevo pueblo” y su concepción política, predicada por Melitón de Sardes y Orígenes. Los paganos comprendieron que había aparecido una tercera fuerza.

La situación de los cristianos era, en cierta forma, contradictoria. Tertuliano había defendido que los cristianos no debían distinguirse de sus conciudadanos, pero, al mismo tiempo, no consideraban el Imperio su verdadera patria. Esta tensión es bien captada en la *Epístola de Diogneto*.

Los apologistas no lograron tampoco detener el desprecio y el odio de la masa hacia los cristianos ni frenar las persecuciones, ni convencer a los intelectuales de la bondad del cristianismo, ni al emperador de su lealtad. Un buen representante de la intelectualidad pagana, Celso, considera que esta tercera estirpe era una raza nueva, sin patria y sin tradiciones». [Blázquez, 1990: 94 ss.]

## **REPERCUSIONES HISTÓRICAS DE JESÚS DE NAZARET**

Es abismal la diferencia entre la mínima repercusión histórica que la predicación de Jesús alcanzó durante su vida y su influencia posterior en la historia universal. El movimiento religioso iniciado por Jesús, escindido del judaísmo, terminó convirtiéndose en una nueva religión, el cristianismo, que fue ganando adeptos por todo el ámbito del Mediterráneo durante los primeros siglos de nuestra era. A pesar de ser duramente criticada, e incluso perseguida, durante el siglo IV la religión cristiana llegó a ser la religión principal (oficialmente la única a partir del Edicto de Tesalónica) del Imperio romano. La Iglesia cristiana alcanzó un enorme poder, y mantuvo su estructura fuertemente jerarquizada después de las invasiones bárbaras que marcaron el final del Imperio romano de Occidente. En Oriente, continuó siendo la religión oficial del Imperio bizantino hasta el final de este estado, a mediados del siglo XV, si bien en gran parte de los antiguos territorios orientales del Imperio romano se vio desplazada, a partir del siglo VII, por el avance del islam.

El cristianismo se incorporó a la herencia cultural de Europa, hasta el punto de ser considerado en la actualidad como uno de sus principales rasgos de identidad.

T. S. Eliot: «Un europeo puede no creer en la verdad de la fe cristiana, pero todo lo que dice, crea o hace, surge de su experiencia cultural cristiana, y solo adquiere significado en su relación a esa herencia. Solo una cultura cristiana ha podido producir un Voltaire o un Nietzsche».

Con la expansión de la cultura europea que comenzó en el siglo XV, esta religión se difundió por otros muchos lugares del mundo, especialmente por América, donde es hoy también la religión más importante. En la actualidad, la religión cristiana, en sus diferentes denominaciones, es la que cuenta con mayor número de seguidores en todo el mundo.

La historia de la Iglesia cristiana, tanto en Oriente como en Occidente, ha sido en gran medida la de la lucha entre diferentes concepciones del cristianismo, que desembocaron en varios cismas, con la consiguiente aparición de nuevas iglesias, por lo que en la actualidad no existe una sola, sino muy variadas confesiones cristianas. Todas estas variantes del cristianismo comparten, sin embargo, una visión de Jesús de Nazaret relativamente unitaria en lo esencial.

## **JESÚS EN EL CRISTIANISMO**

La figura de Jesús de Nazaret es el centro de todas las religiones denominadas cristianas, aunque existen diferentes interpretaciones acerca de su persona. En general, para los cristianos, Jesús de Nazaret es el protagonista de un acto único e intransferible, por el cual el hombre adquiere la posibilidad de elevarse por encima de su naturaleza caída y alcanzar la salvación.

Dicho acto se consuma con la resurrección de Jesús de Nazaret. La resurrección es, por tanto, el hecho central del cristianismo y constituye su esperanza soteriológica. Como acto, es privativo de la divinidad e inasequible al hombre.

De forma más precisa, la encarnación, la muerte y la resurrección compensan en tres actos sucesivos los tres obstáculos que separaban, según la doctrina cristiana, a Dios del hombre: la naturaleza, el pecado y la muerte. Por la encarnación del Verbo, la naturaleza divina se hace humana. Por la muerte de Cristo, se supera el pecado y por su resurrección, la muerte.

La historicidad de la resurrección de Jesús de Nazaret es un hecho que diferencia la religión cristiana de las religiones griegas. Si, para estas últimas, el tiempo es una entelequia circular y repetitiva, que se sucede a modo de eterno retorno, el cristianismo asume desde el principio una noción lineal del tiempo, en la cual la resurrección es un hito histórico único sobre el cual se ordena la historia pasada y la futura.

Históricamente, el núcleo de la doctrina cristiana quedó fijado en el Concilio de Nicea, con la formulación del símbolo niceno. Este concilio es reconocido por las principales denominaciones cristianas: católicos, ortodoxos y las diferentes iglesias protestantes. El texto del credo niceno en lo referente a Jesús es el siguiente:

*Y en un Señor Jesucristo, el Hijo de Dios; engendrado como el Unigénito del Padre, es decir, de la substancia del Padre, Dios de Dios; luz de luz; Dios verdadero de Dios verdadero; engendrado, no hecho; consubstancial al Padre; mediante el cual todas las cosas fueron hechas, tanto las que están en los cielos como las que están en la tierra; quien para nosotros los humanos y para nuestra salvación descendió y se hizo carne, se hizo humano, y sufrió, y resucitó al tercer día, y vendrá a juzgar a los vivos y los muertos.*

Existen, sin embargo, iglesias no trinitarias que no reconocieron la existencia de una Trinidad de personas en Dios (por ejemplo, el arrianismo, y posteriormente el unitarismo).

Jesús de Nazaret es también considerado la encarnación del Hijo, segunda persona o hipóstasis de la trinidad cristiana. Es Hijo por naturaleza y no por adopción, lo que quiere decir que su divinidad y su humanidad son inseparables. La relación entre la naturaleza divina y humana quedó fijada en el Concilio de Calcedonia en estos términos:

*Siguiendo con unanimidad a los Santos Padres, nosotros enseñamos que se ha de confesar un solo y mismo Hijo, nuestro Señor Jesucristo, perfecto en su divinidad y perfecto en su humanidad, verdadero Dios y verdadero*

*hombre con alma racional y cuerpo; consustancial con el Padre en cuanto a la divinidad, y consustancial con nosotros en cuanto a la humanidad; en todo semejante a nosotros menos en el pecado, nacido del Padre antes de todos los siglos según la divinidad, y en los últimos días, por nosotros y por nuestra salvación, nacido de María, la Virgen (madre) de Dios, según la humanidad: uno y el mismo Cristo Señor Hijo Unigénito en dos naturalezas bien distintas, inmutables, indivisibles, inseparables; la diferencia de naturalezas en ningún modo es suprimida por la unión, más bien se conservan las propiedades de cada naturaleza y concuerdan en una persona y en un sujeto. No (está) dividido ni partido en dos personas, sino que uno y el mismo es Hijo único, Dios, Verbo, Jesús Señor, como desde el principio los profetas y el mismo Jesucristo nos enseñó y transmitió el símbolo de los padres. Tras haber sido reguladas totalmente por nosotros estas cosas, con toda exactitud y armonía, este Santo Sínodo ecuménico definió que a nadie se permita proferir otra fe ni escribirla, ni adaptarla, ni pensarla o enseñarla a otros.*

## **PASIÓN Y EXPANSIÓN DEL CRISTIANISMO**

«El cristianismo sufrió desde sus primeros momentos un fuerte proceso de helenización que dio un tinte griego al mensaje doctrinal y permitió que fuera fácilmente asimilado por la intelectualidad pagana del Imperio pero que introdujo también cambios sustanciales en una religión que en sus orígenes era semita.

A lo largo de los primeros siglos, el cristianismo evolucionó en aspectos fundamentales tales como su predicación, su jerarquía, su culto, etc., al tiempo que perfilaba cada vez más claramente su dogma, no sin muchas disputas y luchas feroces dentro de la Iglesia.

El cristianismo primitivo tuvo un fuerte carácter social, desempeñando en este sentido un papel fundamental, en una época en la que el Estado se desentendió totalmente de la beneficencia y de la asistencia social.

La conversión de Constantino ocasionó un viraje radical en el cristianismo al convertirse en religión del Estado, interviniendo activamente el poder civil en las disputas teológicas de la Iglesia, zanjadas en algunas ocasiones por los propios emperadores que, como Constantino, Teodosio o Justiniano, desconocía los problemas teológicos. Por otra parte, también desde Constantino, la Iglesia, beneficiada por el trasvase de todos los privilegios de la religión pagana, inició rápido proceso de enriquecimiento.

El emperador Teodosio convirtió al cristianismo en la única religión lícita del Imperio, así el cristianismo acabó triunfando sobre el culto oficial pagano y sobre las religiones místicas y materiales del hombre de los últimos siglos del Imperio». [Blázquez, 1990, Introducción]

---

Stark, Rodney: *La expansión del cristianismo: un estudio sociológico*. Madrid: Trotta, 2009. Título original: *The rise of Christianity*. ¿Cómo fue posible la

expansión de un pequeño movimiento mesiánico nacido en los confines del Imperio romano, hasta llegar a convertirse en la religión dominante de la civilización occidental? En contra de una visión arraigada, la perspectiva sociológica es capaz demostrar que el cristianismo no surgió como un movimiento clandestino de los desposeídos del Imperio y que su notable crecimiento no fue debido a súbitas conversiones masivas.

La curva de expansión del cristianismo entre los años 40 y 300 pone de manifiesto que, en tiempos de Constantino, ya se había convertido en una fuerza considerable, con patrones de crecimiento muy similares a los de movimientos religiosos exitosos de tiempos más recientes. Más que una causa del triunfo del cristianismo, el edicto de Milán fue una respuesta astuta al rápido crecimiento de esa religión y a su influencia política.

A partir de los conocimientos sociológicos sobre la conversión y la manera en que los grupos religiosos reclutan a sus miembros, este libro trata todos los temas relevantes para explicar la expansión del cristianismo: el trasfondo social de los conversos, la misión a los judíos, el estatus de la mujer en la Iglesia, la función del martirio y de la caridad, y el papel de la fertilidad y las enfermedades, sin olvidar la importancia central de la enseñanza, la moralidad y la fe en las comunidades cristianas.

## **LA IGLESIA PRIMITIVA**

«La asamblea o comunidad de creyentes comenzó a existir realmente después de la fe en la resurrección de Jesús. La tradición cristiana ha considerado el día de Pentecostés como la fecha del nacimiento de la Iglesia; esta no se consideró, en principio, separada del judaísmo, permaneciendo hasta el año 125 como una secta más.

El primer choque entre el judaísmo y la Iglesia primitiva se originó por culpa de los llamados helenistas, judíos de la diáspora que hablaban griego y vivían en Jerusalén. Sobre este enfrentamiento estamos bien informados gracias a los *Hechos de los Apóstoles*.

El jefe de este grupo era Esteban, que condenó tajantemente el templo como asiento de la idolatría contrario a la Ley de Moisés. En opinión de Esteban, Cristo estaba llamado a espiritualizar el culto del templo. Estas ideas de Esteban eran explosivas y chocaban con los intereses materiales de la casta sacerdotal y con las creencias del pueblo judío, por lo que fue lapidado.

Este enfrentamiento no parece que haya afectado a la Iglesia sino solo al grupo helenista, que se dispersó por Palestina predicando fundamentalmente a los judíos y, en ocasiones, a los paganos de Antioquía y creando de este modo las bases del universalismo cristiano al separar el culto cristiano del judío celebrado en Jerusalén». [Blázquez, 1990: 36 ss.]

## **FINALES DEL SIGLO I**

«A finales del siglo I y a comienzos del siguiente, la Iglesia dio un viraje rotundo, abandonando los grandes temas paulinos y sufriendo un proceso de

helenización y de judaización, de intelectualización y moralización. En este contexto hay que situar la *Carta de Santiago*, que constituye un fuerte ataque contra la riqueza, y las obras de los Padres Apostólicos como Clemente Romano, Ignacio de Antioquía, Policarpo de Esmirna, Papías de Hierápolis, Bernabé o el Pastor der Hermas.

Para entonces el cristianismo había alcanzado ya las grandes ciudades del Oriente como Antioquía, Éfeso, Tesalónica, Corinto, Alejandría e incluso la propia capital del Imperio. La predicación del cristianismo fue un fenómeno urbano que se propagaba principalmente entre los estratos inferiores de la población.

Muchos de los nombres mencionados al final de la *Carta a los Romanos* de Pablo son típicos de esclavos o libertos, muchos de la cuales pertenecían a la *familia Caesaris*, es decir, a la administración imperial». [Blázquez, 1990: 40 ss.]

## **EXTENSIÓN DEL CRISTIANISMO DURANTE LOS SIGLOS I Y II**

«En tiempos del gobierno del emperador Trajano, el cristianismo había penetrado en el Mediterráneo oriental. Estaba bien asentado en la costa de Asia Menor, en Roma y en la costa del Mar Tirreno. En la época de Nerón, según testimonio de Tácito, los cristianos eran numerosos en Roma.

En tiempos de Nerón, la *familia Caesaris* contaba ya con cristianos y, en los años de la dinastía flavia, estaban en la propia familia imperial. Durante el gobierno de Plinio el Joven en Bitinia, esta provincia era ya prácticamente cristiana.

Durante el siglo II había cristianos en todas las provincias e incluso al otro lado de la frontera. Al final de los años de los Antoninos, los cristianos formaban una sociedad ya peligrosa para el Estado, como se comprueba perfectamente con la lectura de Celso.

### **La comunidad de Roma**

Misioneros cristianos anónimos predicaron pronto el evangelio en Roma. La comunidad cristiana no fue fundada ni por Pedro ni por Pablo, como se desprende de los *Hechos de los Apóstoles* y de la *Carta a los Romanos* de Pablo. Pedro tampoco fue nunca obispo de Roma. No se sabe cuándo comienza el episcopado monárquico en Roma, pues la liste de Ireneo no ofrece garantía alguna. La *Carta* de Clemente Romano es anónima, aunque por el testimonio de Eusebio se sabe que fue escrita por él. La *carta* de Ignacio de Antioquía se dirige a la comunidad de fieles.

Durante la persecución de Nerón debió morir Pedro y seguramente para esa fecha ya debía haber muerto Pablo. Las excavaciones de Roma en la Basílica del Vaticano no han dado un resultado esclarecedor.

La expulsión de los judíos ordenada por Claudio en el año 49, probablemente está en relación con las luchas entre judíos y cristianos. Clemente Romano, a finales del siglo I, afirma que los cristianos eran numerosos en Roma.

De la carta de Ignacio de Antioquía, hacia el año 115, se desprende que la Iglesia de Roma era ya muy importante y que se distinguía por su caridad.

Muchos cristianos debían ser de origen griego. La Iglesia de Roma habló el griego hasta el Papa Víctor (189-199). Hipólito de Roma, muerto en torno al 235, escribe en lengua griega. Novaciano fue el primer escritor romano que utilizó el latín en sus obras. Hacia mediados del siglo III con el obispo Fabiano, la Iglesia romana era ya predominantemente latina.

### Asia Menor

La predicación del cristianismo en Asia Menor data de la era apostólica, siendo en gran parte obra de Pablo. Aquí fueron escritos el *Cuarto Evangelio*, el *Apocalipsis* y las tres *Cartas* de Juan.

A comienzos del siglo II, algunas regiones, como Bitinia, eran prácticamente cristianas, según testimonio de Plinio el Joven (111-113) a Trajano. Éfeso y Antioquía fueron los dos focos de evangelización de estas regiones.

Los más importantes movimientos de la Iglesia durante el siglo II tuvieron como escenario Asia Menor. A la Iglesia de Asia Menor se dirigen las siete cartas de Juan en el *Apocalipsis* y varias de Ignacio. La *Carta de Pedro* demuestra que había cristianos en Bitinia y en el Ponto. También en Asia Menor aparecieron los primeros sínodos y los metropolitanos.

### África

Los escritos de Tertuliano demuestran una intensa cristianización del Norte de África; en el año 190 hubo mártires que ya tenían traducciones al latín de parte de las *Sagradas Escrituras*. Tertuliano menciona comunidades cristianas en cuatro localidades de Numidia y en Mauritania.

Hacia el año 200 había un buen número de obispos en África. Un sínodo celebrado el año 240 reunió a 90-.

### Hispania

Irineo y Tertuliano mencionan cristianos en Hispania. La *Carta 67* de Cipriano, referente a la apostasía de los obispos Basilíades y Marcial, durante la persecución de Decio, indica que había comunidades cristianas en Astúrica Augusta, Legio Septimina Gemina, Augusta Emérica, Cesaraugusta y en otros lugares. Tarraco contaba con una comunidad cristiana en época de Valeriano, cuyo obispo Fructuoso fue mártir. De los lugares de procedencia de los firmantes de las Actas del concilio de Elvira, se desprende que el cristianismo se asentaba principalmente en el Sur de la Península Ibérica. Sin embargo, las actas de Saturnino, obra escrita en Galia, describen como pagana la Península Ibérica». [Blázquez, 1990: 42 ss.]

## CAUSAS DE LA EXPANSIÓN DEL CRISTIANISMO

¿Cómo fue posible la expansión de un pequeño movimiento mesiánico nacido en los confines del Imperio romano, hasta llegar a convertirse en la religión dominante de la civilización occidental? Como escribe Rodney Stark (2009), en contra de una visión arraigada, el cristianismo no surgió como un

movimiento clandestino de los desposeídos del Imperio y su notable crecimiento no fue debido a súbitas conversiones masivas. La curva de expansión del cristianismo entre los años 40 y 300 pone de manifiesto que, en tiempos de Constantino, ya se había convertido en una fuerza considerable, con patrones de crecimiento muy similares a los de movimientos religiosos exitosos de tiempos más recientes. Más que una causa del triunfo del cristianismo, el edicto de Milán fue una respuesta astuta al rápido crecimiento de esa religión y a su influencia política. Los temas relevantes para explicar la expansión del cristianismo son el trasfondo social de los conversos, la misión a los judíos, el estatus de la mujer en la Iglesia, la función del martirio y de la caridad, y el papel de la fertilidad y las enfermedades, sin olvidar la importancia central de la enseñanza, la moralidad y la fe en las comunidades cristianas.

---

Claves para explicar por qué el cristianismo se convirtió en la religión mayoritaria del Imperio Romano en tan poco tiempo.

En él, [Rodney Stark](#), un sociólogo especializado en cuestiones religiosas, a las que aplica criterios tomados de la economía, primero explica en qué formas, en qué lugares y entre qué gentes, se propagó el cristianismo. Habla del efecto que tuvieron los mártires –un importante factor de credibilidad–, y de la importancia que tuvieron las diferencias de comportamiento entre cristianos y paganos en relación a los enfermos –sobre todo durante las epidemias que hubo–, a los infanticidios –tan frecuentes en el mundo grecorromano–, a la vida matrimonial y la consideración de la mujer, etc.

El autor da las cifras que se han podido establecer, pero es cuidadoso en sus apreciaciones y señala cómo, si hacernos cargo de la situación religiosa de nuestro tiempo es difícil, lo es más aún si queremos estudiar un periodo tan remoto y mucho menos documentado. Citando a un colega suyo, habla de que comparte absolutamente su desdén «por los psicologismos históricos, tales como la perspectiva de que se trataba de una época plena de “ansiedad”, o de que hubo entonces una “falta de coraje” o que eran tiempos de “entusiasmo”». Señala también que, «como experimentado realizador de encuestas de opinión», es muy escéptico acerca de que puedan caracterizar sentimientos y pensamientos de millones de personas «sobre la base de unas pocas citas literarias o unas pocas inscripciones».

Stark habla de que, si las ideas cristianas de que Dios ama a quienes lo aman eran extrañas y revolucionarias para las creencias paganas, más extraña todavía lo era «la noción de que, debido a que Dios ama a la humanidad, los cristianos no pueden agrandar a Dios a menos que se amen los unos a los otros», y la de que, «como Dios demuestra su amor por medio del sacrificio, los humanos deben demostrar su amor mediante el sacrificio a favor del prójimo».

Apunta también que, «como respuesta al caos, la miseria, el miedo y la brutalidad de la vida en el mundo de las ciudades grecorromanas», el cristianismo «ofreció tanto caridad como esperanza» y, con ellas, «una nueva

base para la solidaridad social» pues, «en núcleos urbanos enfrentados a epidemias, incendios y terremotos, el cristiano ofreció atenciones y cuidados efectivos». Recuerda que, si Platón hablaba de arrojar a los mendigos fuera de las fronteras, el cristianismo enseñó que la misericordia era una de las virtudes esenciales.

Señala que muchos historiadores de hoy, reacios a tratar cómo las doctrinas pudieron haber moldeado los factores sociales, sienten una especie de reacciones alérgicas cuando se les presentan argumentos que atribuyen la expansión del cristianismo a una teología superior. Sin embargo, el análisis de los datos y los hechos que presenta Stark conduce a una tesis que formula del siguiente modo: «Las doctrinas centrales del cristianismo hicieron surgir y mantuvieron organizaciones y relaciones sociales atractivas, liberadoras y eficaces».

Afirma que el cristianismo ofreció una cultura coherente, por un lado despojada de los componentes étnicos, y por otro acogedora con todos sin necesidad de pedirles que prescindiesen de sus vínculos étnicos. Estableció también un enfoque moral absolutamente incompatible con la despreocupada crueldad de la costumbre pagana de asistir a los espectáculos circenses habituales. Y, «finalmente, lo que el cristianismo devolvió a sus conversos fue nada menos que su humanidad. En este sentido, la virtud fue su recompensa».

En la conclusión del capítulo 9, «Oportunidad y organización», dedicado a la interacción del cristianismo con el mundo grecorromano dice lo siguiente:

«El cristianismo no creció porque los milagros influyesen en las plazas de los mercados (aunque pudo haber habido algo de eso), o debido a que Constantino dijo que sí, o incluso a causa de que los mártires le otorgaron tanta credibilidad. Se expandió porque los cristianos constituyeron una comunidad intensa, capaz de generar esa “invencible obstinación” que tanto ofendía a Plinio el Joven, pero que proporcionaba inmensas recompensas religiosas. Y los medios esenciales de su crecimiento fueron los esfuerzos mancomunados y motivados del creciente número de creyentes cristianos, que invitaban a sus amigos, parientes y vecinos a compartir la “buena nueva”».

---

Razones que ofrecen una alternativa frente al argumento tradicional basado, sobre todo, en las conversiones masivas. Con ellas Stark permite al lector reflexionar y darse cuenta del carácter multifactorial de este proceso, que dio lugar al enorme crecimiento que experimentó el cristianismo en los cinco primeros siglos después de Cristo. Del mismo modo, su trabajo invita al lector a desechar algunos mitos muy asentados como el predominio de los pobres en el incipiente movimiento cristiano, su carácter principalmente rural, o la escasa influencia de la diáspora judía como aporte de nuevos conversos al cristianismo.

Para hacer frente a este último argumento Stark describe cómo “la base para los movimientos triunfantes de conversión es el crecimiento a través de redes

sociales, por medio de una estructura de lazos interpersonales directos e íntimos" (EC, p. 30). Así, las comunidades judías dispersas por el mundo romano constituían una magnífica oportunidad para los predicadores cristianos de los primeros siglos, que encontraron en ellas grupos de personas cultural y afectivamente predispuestas a abrazar la nueva fe. Al mismo tiempo los judíos helenizados pudieron percibir esta nueva oferta religiosa como una oportunidad de vencer el aislamiento social que implicaba la asunción rigurosa de las disposiciones jurídico-culturales del judaísmo.

Otro de los factores que estudia Stark es el distinto comportamiento de los cristianos y los paganos ante las numerosas y graves epidemias que castigaron a las ciudades romanas en éste tiempo, lo que supuso un factor de incremento de la población cristiana.

El fuerte acento puesto en solidaridad –hasta el desprecio incluso de la propia vida– convirtió a los cristianos en un improvisado pero eficaz sistema sanitario. Dada una mayor incidencia de sus cuidados y servicios sobre la misma población cristiana (debido a sus lazos de relación social más estrechos), esto "resultó en tasas significativamente más altas de supervivencia" (EC, p. 75) entre los cristianos.

Es de justicia resaltar también el tratamiento que Stark hace de la cuestión de la relevancia del papel de la mujer en este desarrollo del cristianismo. En un primer momento, el autor pone de manifiesto la gran influencia de las mujeres en la mayor tasa reproductiva de los cristianos, asentada sobre la prohibición del aborto y del infanticidio. La primera de estas prácticas, utilizada ampliamente en la Roma antigua, no sólo reducía el número de criaturas nacidas sino que producía una elevada mortalidad materna, así como la esterilidad de muchas de las mujeres que se sometían a ella en las condiciones higiénico-sanitarias de entonces.

Riesgos que evitaron las cristianas al seguir los dictados morales de su nueva religión, contribuyendo así al aumento proporcional de la población cristiana en relación al total de los habitantes del Imperio. Stark hace también referencia a la presencia mayoritaria de las mujeres en el cristianismo inicial y a que esto suponía una clara mejora para ellas respecto al medio social de entonces, llegando a afirmar que "dentro de la subcultura cristiana las mujeres gozaban de un estatus muy superior al que tenían en el mundo grecorromano" (EC, p. 93). En cuanto al papel jugado por las mujeres dentro de la estructura de la Iglesia primitiva, Stark concluye de sus estudios que fueron una parte fundamental, en contra de otros discursos que afirman una permanente y radical subordinación de la mujer al varón en la religión cristiana. En este sentido es muy interesante la relectura que propone el autor del pasaje de la primera Carta de Pablo a los Corintios (4, 34-36), que se ha entendido habitualmente como una diatriba contra las mujeres.

Tal y como lo ve Stark, Pablo estaría aquí "citando afirmaciones de los corintios para después refutarlas" (EC, p. 03), lo que implica estar muy lejos de la primera interpretación, habitual, por ejemplo, en el pensamiento feminista, que tiende a considerar a Pablo un adalid del patriarcado.

Además de aquellos temas a los que se ha hecho referencia aquí, esta agradable caja de sorpresas contiene dentro de sí otros tan interesantes como la debilidad del paganismo en su competencia con el cristianismo, o la función desempeñada por los mártires a finales del siglo I, a los que Stark atribuye el sostenimiento de la fe en un momento en que las profecías de los primeros años sobre el inminente fin de los tiempos insistían en quedar incumplidas. [Juan Diego González Sanz recensión del libro de Stark]

---

Las causas de la rápida expansión del cristianismo fueron diversas y variadas. Antonio Piñero resume (entre otras) las siguientes:

La predicación de Pablo, base del cristianismo expansivo, misionero, ofrecía mucho. Como las religiones de salvación o cultos de misterio y todo gratis, sin costosas iniciaciones.

Socialmente tenían los cristianos mayor protección. Continuaron con la "Seguridad social" de los judíos.

La protección a las mujeres en el cristianismo era muy superior al paganismo. Su doctrina del amor de Dios a los hombres era inaudita para la época.

El paso de la religión judía a su versión cristiana era fácil. Y sociológicamente está demostrado que pasarse de una versión a otra de una misma religión es sencillo (por ejemplo, en la América hispana el paso al protestantismo de muchos fieles otrora católicos.) Otra cosa es pasarse del catolicismo al budismo, o al revés, es mucho más raro.

Se calcula que el cristianismo hacia el año 315 contaba con unos 5 millones de fieles (o mejor, entre cinco y seis) dentro del Imperio Romano, que a su vez eran unos 60 millones.

Empieza a ser conocido de verdad en el 380 cuando el emperador Teodosio I declara al cristianismo como única religión lícita en todo el Imperio.

---

### **Pregunta a Antonio Piñero**

¿A qué atribuiría Vd. principalmente la rápida y e impresionante expansión del cristianismo hasta llegar al Edicto de Tesalónica?

### **Respuesta**

Se refiere Usted a los dos edictos del emperador Teodosio I el Grande en 380-381 por los que ordenó que el cristianismo fuera la única religión lícita en el Imperio romano.

El éxito del cristianismo se debió a muchas causas, complejas y variadas según los diversos cristianismos. Además no fue tan rápida como se supone (por ejemplo en el siglo XIX los mormones crecieron a un ritmo similar, aproximadamente un 40% por década), y dependió de los diversos cristianismos que había en aquellos tiempos.

Ciertamente el núcleo fue:

- la interpretación paulina de Jesús era estupenda para los paganos;
- eliminaba todas las barreras de un judaísmo imposible de tragar para las gentes normales;
- la oferta de salvación era fácil y magnífica;
- la doctrina del amor de Dios a los hombres era nueva y asombrosa;
- la ayuda y "seguridad social" entre los cristianos era también apetecible y asombrosa;
- la protección a las mujeres entre los cristianos era estupenda, etc.

Le recomiendo un libro muy breve y muy bueno de Rodney Stark, "La expansión del cristianismo", Edit. Trotta, Madrid 2011.

## **CAUSAS DE LA RÁPIDA EXPANSIÓN DEL CRISTIANISMO POR TODO EL IMPERIO ROMANO**

1. La unificación del Imperio Romano daba grandes facilidades para la expansión del griego y el latín que permitía a los misioneros hacerse entender y poder explicar su doctrina. 2. La tendencia monoteísta que había en algunos ritos y religiones orientales. 3. La expectación general de la gente que buscaba un cambio de las cosas. 4. La fuerza misma de la Verdad contenida en el cristianismo. La elevación y belleza de las soluciones que presentaba a las grandes cuestiones que agitaban a la humanidad. 5. La elevada moralidad de los cristianos: Reconocimiento de la dignidad de la persona humana. Respeto y elevación del pobre y del esclavo, de la mujer y de los débiles y oprimidos por la moral pagana. 6. Intervención de la Providencia a través de carismas y milagros. El ejemplo heroico de los mártires de los primeros siglos del cristianismo y su valentía en la confesión de la fe.

El emperador Constantino reconoce el derecho de ciudadanía a los cristianos y concede la libertad religiosa en el Imperio y pone fin a la persecución a través de la publicación de El Edicto de Milán (313) El emperador Teodosio en el año 392 convirtió al cristianismo en religión oficial del imperio y prohibió las demás religiones.

La nueva situación dio grandes riquezas y privilegios a la Iglesia y muchos se unieron a ella por conveniencia y poco a poco el cristianismo se convierte en la ideología de las clases dominantes de Europa en la Edad Media. A finales del siglo V, ya desintegrado el Imperio Romano, Clodoveo unificó a todas las tribus francas, conquistó toda la Galia (hoy Francia) y fundó el reino franco. Se hizo cristiano, lo que le permitía contar con el apoyo de la Iglesia. Con el paso del tiempo otros reyes también harían esa alianza con el reino franco y la Iglesia.

## **POR QUÉ TRIUNFÓ EL CRISTIANISMO**

«La ortodoxia nicena triunfó sobre el arrianismo, que contaba con el apoyo de casi todos los obispos de Oriente y con el sostén de Constancio; ello se debió a que, en el conjunto del Imperio, la posición de la ortodoxia era mucho más

sólida y a que en el arrianismo confluían muchos movimientos heréticos anteriores a Nicea que habían quedado en gran parte debilitados o vencidos, como el montanismo y el gnosticismo. La autoridad de una jerarquía sólida – que remontaba a los apóstoles–, la tradición, el canon bíblico, contribuyeron también al triunfo de la ortodoxia. Un papel importante desempeñó el fanatismo de Atanasio, apoyado por los monjes, y la relativa simplicidad de la fe de Nicea.

Por otra parte, el cristianismo triunfó sobre el paganismo, porque este nunca logró tener una teología coherente ni constituir una Iglesia. El exclusivismo de la Iglesia cristiana, frente al aperturismo pagano, deba una gran seguridad a los fieles.

El cristianismo fue siempre una religión de masas y predicaba la más absoluta igualdad ante Dios, mientras que el paganismo de los siglos III y IV y, particularmente, el neoplatonismo, solo se dirigía a una élite intelectual.

En medio de una crisis profunda que agotó a la sociedad del Bajo Imperio, la Iglesia predicaba la esperanza en la otra vida. Desde el final de la dinastía antonina, a los espíritus religiosos no les satisfacía la antigua religión de la ciudad-estado; buscaban una religión que solucionase los problemas materiales y espirituales del individuo. Esto nunca lo supo hacer la religión pagana que era esencialmente una religión de ritos ya vacíos de significado. Los cultos místicos, mejor situados que la religión oficial para satisfacer las necesidades de los fieles, se dejaron ganar por el cristianismo, que en muchos aspectos era muy parecido a ellas, pero en otros muy superior.

Entre la masa empobrecida o miserable contribuyó mucho a extender el cristianismo la asistencia de la Iglesia. También contribuyó mucho a su triunfo su carácter de religión sincretista, al menos desde la mitad del siglo III, asimilando las más diversas corrientes de la época, pero sin perder su carácter exclusivo. En Orígenes, y ya antes, en Clemente, la unión del Evangelio con la cultura fue perfecta; el cristianismo asimiló del paganismo todo lo asimilable.

Como tal, se enfrentó a las dos grandes religiones sincretistas del momento: el neoplatonismo y el maniqueísmo. Las tres fueron religiones universales y no nacionales y se apropiaron de otras religiones más antiguas. En las tres aparecen las ideas de redención, inmortalidad, revelación y ascetismo. El cristianismo se fundó sobre el monoteísmo judío; el neoplatonismo sobre el politeísmo helénico y el maniqueísmo, religión dualística, se mezcló con elementos cristianos y partos.

Las tres religiones aparecieron entre los años 50-250. El cristianismo tuvo la ventaja sobre el maniqueísmo de contar con un fundador que era hijo de Dios y con una revelación; el neoplatonismo careció de fundador.

A partir del siglo III, los métodos de evangelización cambiaron profundamente. Gregorio el Taumaturgo, discípulo de Orígenes y excelente helenista, se adaptó, siendo ya obispo, a las tendencias paganas de los fieles. Los mártires protectores fueron incorporados por la Iglesia, supliendo el culto

a los héroes del paganismo. Prescindiendo de la concepción panteísta del mundo, los Padres de la Iglesia tuvieron las mismas ideas que Porfirio, de forma que, en el siglo IV, la teología cristiana y la pagana eran muy parecidas. El cristianismo se convirtió, pues, al final de la Antigüedad, en el principal impulsor de la cultura, sustituyendo a la filosofía.

El triunfo del cristianismo no cambió la estructura social y económica de la sociedad del Bajo Imperio; en realidad, la Iglesia nunca llegó a pretenderlo. El régimen político no se transformó radicalmente; la administración continuó siendo la misma y el culto imperial se mantuvo, si bien con una nueva concepción que veía en el régimen imperial una institución divina y en el príncipe el representante de Dios sobre la tierra.

También se mantuvo todo el ceremonial de la rote y su terminología, que, heredada de la Tetrarquía –que a su vez los recibió de la Persia sasánida– pasó luego a Bizancio y ha llegado hasta el siglo XX en el ceremonial del Vaticano y del Negus de Abisinia. Las ceremonias de palacio tuvieron ya durante la Tetrarquía –y aún antes– el carácter de una ceremonia litúrgica, muchos de cuyos elementos pasaron a la liturgia cristiana, como el uso de los cirios, del incienso o la práctica de la *adoratio*.

Los títulos honoríficos civiles, las insignias y los privilegios reservados al emperador o a los altos cargos de la administración, como el trono, el incienso, el manípulo, el palio y los retratos oficiales, pasaron poco a poco a los obispos.

A partir de Teodosio, la Iglesia calcó la distribución de los obispados de la administración civil de las provincias. El obispo de Roma, Siricio, muerto en el año 399, adoptó el estilo de las cancillerías imperiales.

El calendario de Filócalo –bibliotecario del obispo de Roma– fechado en el 354, indica magníficamente la mezcla del cristianismo y paganismo, propia de la sociedad del siglo IV. Junto a la enumeración de las fiestas paganas, de los juegos en honor de los dioses y de otras celebraciones de las religiones orientales, se menciona también la fiesta de la Pascua cristiana y las de los mártires y obispos de Roma». [Blázquez, 1990: 147 ss.]

## **EL CRISTIANISMO Y LA DECADENCIA DEL IMPERIO**

«El cristianismo no solo no contribuyó a la caída del Imperio romano, sino que fue su gran heredero. Después del siglo III, se conocía una esclerosis económica y social grande, agudizada por la presión bárbara: la clase media de la época de los Antoninos había desaparecido ya en el siglo III y las reformas monetarias de Constantino trituraron a las clases bajas. Sin el triunfo del cristianismo, las características de la crisis hubieran sido las mismas: un Imperio con familias supermillonarias y grandes latifundistas sobre una masa de miserables; Melania la Jove, una asceta radical, de origen hispano, ingresaba anualmente 12.000 sólidos áureos y otros tantos su esposo.

Tampoco es cierto que las sumas de dinero que la Iglesia recibía para el sostenimiento del clero y del culto, así como las exenciones fiscales,

agravasen la situación, ya que todo ello había sido resultado del trasvase de los ingresos de la religión pagana». [Blázquez, 1990: 150 ss.]

## EL ARRIANISMO – SIGLO IV

«El siglo IV estuvo dominado por la disputa arriana. Arrio se había educado en la escuela teológica de Antioquía, partidaria de una exégesis bíblica menos alegórica que la que propugnaban Orígenes y la escuela de Alejandría y más ajustada al sentido histórico. Tras chocar con el obispo de Alejandría –ciudad de la que era sacerdote– a propósito de la naturaleza del Hijo de Dios, fue exilado de ella, pero su doctrina encontró acogida en los numerosos obispos que precedían de la escuela de Orígenes.

Arrio fue origenista radical. Dios era, para él, único, increado e inengendrado; todo lo que se encuentra fuera de Dios es creación. Rechazó la distinción teológica ortodoxa entre creado y engendrado que permitía mantener al *Logos* en la esfera de lo divino; para Arrio ambos términos designaban una misma cosa, de igual forma que el *Logos* era diferente de Dios por no ser de la misma sustancia.

Arrio no negó la trinidad, pero defendió que existía una rigurosa jerarquización y que dos personas de ellas eran criaturas. El papel de la encarnación y de la redención está muy disminuido en la cristología arriana.

La intensidad de estas disputas obligó a Constantino a intervenir en ellas, convocando un concilio ecuménico en el año 325, en la sala del palacio de Nicea, al que asistieron más de 300 obispos, presididos por Osio de Córdoba en representación del emperador. El propio emperador abrió el concilio con una alocución.

De Occidente solo participaron tres o cuatro obispos; Liberio, obispo de Roma, que acabaría haciéndose arriano como Osio, envió a dos sacerdotes. La mayoría de los obispos presentes eran de tendencia rriana, debido al influjo de Orígenes.

Eusebio de Cesarea propuso, como base de las definiciones doctrinales, un credo oriental que se modificó en sentido antiarriano. Cristo fue proclamado verdadero Dios, engendrado, pero no creado, consustancial al Padre. Este último término, propuesto por los obispos occidentales e impuesto, probablemente, por Constantino, no tenía base ninguna en las *Sagradas Escrituras* ni en la tradición. Un pagano como Constantino, desconocedor de la teología, que despreciaba las disputas teológicas de los obispos, zanjó esta espinosa cuestión.

Atanasio, que desde el 328 era obispo de Alejandría, se convirtió en el gran campeón del credo niceno.

El concilio de Nicea no apaciguó las disputas cristológicas, como tampoco otros concilios posteriores, pero se estuvo a punto de imponer el celibato al clero como se había legislado ya en el concilio de Elvira. Quienes eran favorables al matrimonio de los clérigos ganaron gracias a que recurrieron a Pafjuncio, personaje especializado en arrojar a los demonios, quien alegó que la Iglesia

no tenía poder para imponer el celibato, al no existir ningún mandato de Cristo al respecto.

El concilio concluyó con un banquete ofrecido por el emperador, quien exhortó a los presentes al celo misionero y a la unidad, entregándoles dones y cartas para los funcionarios estatales, a fin de que estos distribuyesen grano entre los pobres y el clero.

A partir de Nicea, la Iglesia perdió gran parte de su libertad, como vieron claramente los obispos más perspicaces: Constantino desterró a la Galia a aquellos obispos que no quisieron firmar las actas o que se retractaron. Entre ellos figuraban Eusebio de Nicomedia, Teognis de Niceno y Mario de Calcedonia; en las diócesis de Nicea y Calcedonia se nombraron nuevos obispos. Constantino ejerció, pues, el papel de policía de la fe dentro del cuerpo episcopal; a partir de entonces el poder temporal se convirtió en el patrón de la Iglesia.

Sin embargo, las disputas cristológicas continuaron en los años siguientes, acusándose a los partidos del credo de Nicea de sabelianismo o modalismo y a sus oponentes de subordinacionismo. [El modalismo es una posición estrictamente monoteísta: Dios no es una esencia compartida por tres personas, sino que existe un solo ser en tres modos en diferentes tiempos. Antes de la invención del término "modalismo", dicha doctrina había sido conocida con términos como monarquianismo, o la creencia en un solo Rey o Monarca que es Dios; sabelianismo o herejía sabeliana].

Esta disputa se agravó con nuevas teorías. Aece defendió que la esencia divina se identifica con el concepto inengendrado, por lo cual el Hijo no puede ser consustancial al Padre, sino diferente de este. Constancio aceptó esta última propuesta; la disputa arriana se enconó por los enfrentamientos de unos obispos contra otros. A ello también colaboraron el gusto griego por las disputas filosóficas, la falta de una sólida preparación teológica y el recurso a los intérpretes que muchas veces no entendían nada de lo que allí se decía.

La intervención de Teodosio zanjó finalmente la disputa. El Concilio de Constantinopla del 381 condenó el arrianismo; varios edictos imperiales, promulgados entre los años 383 y 391, lograron unir a la Iglesia. Desde entonces la herejía se convirtió en un crimen contra el Estado, a pesar de las protestas expresadas por Tertuliano, Cipriano, Orígenes, Lactancio y otros contra los ataques a cristianos de opinión diferente a la de la mayoría». [Blázquez, 1990: 151 ss.]

## **SIN RIVAL**

«¿Por qué triunfa en concreto el cristianismo y no cualquier otro de los cultos con los que coexistía? Por una parte, sería necesario destacar qué inconvenientes intrínsecos tenía cada uno de los cultos teóricamente susceptibles de alcanzar el liderazgo. Por otra, habría que justificar esa imperiosa necesidad de lograr una religión para el Estado y, finalmente, determinar qué características del cristianismo lo hacían potencial vencedor.

Algunas dificultades de los misterios: Cibele requería una entrega física y psicológicamente demasiado costosa, por lo que debilitaba las posibilidades de tener un clero instruido y capaz de emitir opinión en un sector social influyente. Isis solo había ganado posiciones en las instituciones administrativas, pero le faltaba capacidad para articular las conexiones necesarias en la identificación del culto como proyección simbólica de la propia estructura del Estado.

Mitra marginaba a la mujer, con lo que tenía dificultades de integración social. El cristianismo satisfacía todos estos inconvenientes (tal vez porque se busca a partir de la realidad del cristianismo lo que los otros no tenían y se ensaya así la explicación del éxito), pero, además, su novedad en el escenario religioso le proporcionaba una frescura que los otros cultos habían perdido tiempo atrás. La capacidad de acción y reacción era muy superior en los seguidores de Cristo.

El desarrollo de una política antagonista y de exclusivismo, le proporcionaba, al mismo tiempo, una capacidad de autoafirmación tremenda, contra lo que no podían combatir los cultos tradicionales.

El cristianismo se había ganado buena parte de la población urbana del Imperio y, sobre todo, puestos clave en la administración y en ejército, de manera que el tránsito de la tolerancia social a la abierta simpatía fue muy rápido.

Finalmente, en el escenario político, la aristocracia senatorial, identificada con los cultos tradicionales, suponía un elemento contradictorio con los intereses plenipotenciarios del emperador que, identificándose con el representante de los designios de Dios en la tierra, encontraba en el cristianismo un vehículo perfecto para el desarrollo de sus intereses políticos.

La estructura interna de las comunidades cristianas facilitaba ese proceso de identificación del Estado con el culto cristiano. Al mismo tiempo, la jerarquía eclesiástica iba adquiriendo prerrogativas que hasta entonces habían correspondido a los aristócratas, como redistribuidores de la riqueza necesaria para acabar con situaciones de indigencia total.

Ahora, el evergetismo entendido como caridad corresponde a la Iglesia que, de ese modo, adquiere una relevancia total en las simpatías populares. [Evergetismo es un término introducido en 1923 por el historiador francés André Boulanger que se deriva del verbo griego εὐεργετέω y del sustantivo «evergesia», εὐεργετισμός, que significa 'hacer el bien' o 'hacer buenas obras'].

El triunfo, pues, habría sido posible por la concatenación de circunstancias que van desde la satisfacción de las inquietudes religiosas de la masa social a la creación de un estímulo colectivo que mitiga las contradicciones del sistema proyectándolas teleológicamente. Junto a ello se procuran los medios de subsistencia para los más desfavorecidos gracias a una red bien tejida de relaciones internas y de organización eclesial como una verdadera administración colectiva.

Toda esa potencialidad será reconocida por el poder imperial que decide ponerlo al servicio de sus intereses, frente a los del *ordo senatorius*, dando lugar así a una nueva concepción del Estado con una fundamentación teocrática ajeno hasta entonces al mundo romano». [Martínez Maza / Jaime Alvar, en Alvar, 1995: 534 ss.]

Pablo de Tarso ya había comenzado a predicar el cristianismo presentando las ventajas de esta nueva religión frente a las religiones paganas.

«Por una lógica ley del mínimo esfuerzo, para proceder del modo más rápido posible y lograr la conversión del número de gentiles que había de formar parte del Israel completo al fin de los tiempos, Pablo se dirigió primero con su mensaje sobre Jesús a los paganos “temerosos de Dios”, que encontraba en buen número en torno de las sinagogas y que, al no haberse circuncidado, eran estrictamente gentiles.

A la vez tenía también en mente a los afectos a las religiones de misterios y que tenían intención de hacerse iniciar en los misterios para conseguir la salvación / inmortalidad. Estos dos grupos –“temerosos de Dios” y futuros iniciados en alguna de las religiones místicas– eran a priori los gentiles más fáciles de convencer (estaban internamente preparados) de que había llegado la salvación por medio del mesías judío / salvador universal.

Su mensaje era en síntesis que Jesús es el mesías, pero también el salvador universal; que Dios había revelado que al final de los tiempos los gentiles estaban en pie de igualdad con los judíos en el tema de la salvación.

El mercado donde vender estas ideas era el Mediterráneo oriental donde pululaban otros vendedores de ideas religiosas: seguidores de los cultos místicos, filósofos que buscaban adeptos para sus escuelas, predicadores ambulantes de religiones orientales, etc.

A todos ellos opuso Pablo un mensaje denso pero simple a la vez: todo lo que aquellos prometían lo ofrecía Cristo mejor, más sencillo y... gratis». [[Antonio Piñero](#), 2008]

## **CAUSAS DEL TRIUNFO DEL CRISTIANISMO**

«La conversión de Constantino contribuyó, sin duda, al triunfo del cristianismo, aunque no es la causa principal. La doctrina cristiana respondía mejor a las necesidades espirituales y materiales de la sociedad de su tiempo. Los intelectuales cristianos trasvasaron toda la cultura antigua (filosofía, literatura, moral) al cristianismo, y la democratizaron, poniéndola al alcance de las clases inferiores en la pirámide social. La Iglesia fue la gran heredera de la cultura antigua.

La religión pagana había entrado en una fase de decadencia y no satisfacía las necesidades espirituales de sus devotos. El cristianismo, en el siglo IV, triunfó sobre el arrianismo a pesar del apoyo que este movimiento tuvo por parte de algunos emperadores romanos cristianos y de gran parte de la Iglesia oriental, que era arriana. Los emperadores finalmente se inclinaron por la ortodoxia, aunque por razones hoy día todavía no aclaradas plenamente. La Iglesia tuvo

enemigos muy fuertes y capacitados, como Marción, Montano y los gnósticos. Fueron precisos varios siglos para vencer a estos disidentes y a sus seguidores.

Fueron causas del triunfo de la gran Iglesia la solidez de sus estructuras, la autoridad del episcopado monárquico, el canon bien definido de escritos del Antiguo y Nuevo Testamento, y la tradición que pretendió (y lo consiguió) enlazar con los apóstoles. Marción y los gnósticos negaron a la gran Iglesia las raíces bíblicas en las que apoyaba algunos aspectos fundamentales de su doctrina. El credo de la fe era fácil de entender y de aceptar por todo el mundo. El cristianismo era una religión de masas, y no de élite como el gnosticismo y algunas religiones místicas en particular.

El judaísmo no fue un enemigo peligroso para el cristianismo. Aquella fue una religión que, por distintos motivos, no estuvo muy extendida a lo largo y ancho del Imperio; contó siempre con mala fama, y algunos de sus ritos y misterios no eran fácilmente aceptados por la mentalidad pagana. Tenía a su favor el monoteísmo, hacia el que se tendía en todos los sectores de población e ideología en una época como el siglo III. En el siglo IV fracasó el intento de revitalizar el paganismo.

El movimiento intelectual que propugnaba esta restauración en el siglo IV no supo conectar con la gran masa para transmitirle sus ideas. En este momento el paganismo "intelectualizado" era una religión ritualista, y la gente, desde tiempo atrás, prefería prescindir de rituales tradicionales para buscar en la religión el modo de salvación personalizada.

Esto lo proporcionaba el cristianismo; pero no solo eso: la difusión de las prácticas de caridad también ayudaban (en un periodo de galopante crisis económica como era el siglo III) a que los pobres salieran adelante en las vicisitudes de la vida.

Cuando el Estado dejó de prestar su apoyo a la religión pagana, esta se fue derrumbando, lenta pero irremisiblemente. El paganismo nunca constituyó una Iglesia, a modo de la cristiana, con una sólida jerarquización y con una teología. El paganismo era exclusivista; el cristianismo, no: aspiraba a que todo el mundo se uniera a su religión.

Las religiones místicas muestran algunos puntos comunes con el cristianismo, pero eran débiles. Estas no eran religiones de masas, sino de élites. En algunos casos, como el mitraísmo, excluía, de entrada, a la mitad de la población, pues no daba acogida a las mujeres. Ninguna de estas religiones elaboró una teología similar a la cristiana. Muchos de sus cultos y ritos eran chocantes a la mentalidad romana, y con frecuencia considerados inmorales. El cristianismo un fuerte sentido comunitario del que carecieron los cultos místicos y el paganismo.

Un factor importante en la difusión y aceptación del cristianismo fue el sistema de asistencia social, muy alabado por intelectuales contemporáneos de todo signo. Nada semejante tuvieron el Estado romano, ni el paganismo, ni las religiones místicas.

A tales causas hay que añadir el hecho de haber sabido transmitir a las clases dirigentes el sentido de una elevada moral.

El cristianismo contó pronto con una clase intelectual de primera fila. Clemente de Alejandría, Orígenes, Hipólito, Novaciano, Basilio, Agustín, etc., se pudieron codear, e incluso superaron, con los principales representantes de la intelectualidad pagana. Gibbon culpaba a la Iglesia de la decadencia del mundo antiguo. Tal decadencia hubiera mostrado los mismos síntomas aunque el cristianismo no hubiera triunfado». [Blázquez, en Alvar, 1995: 403 ss.]

## **REAVIVAMIENTO DEL PAGANISMO POR ROMA EN EL SIGLO IV**

Golpeado por estos desarrollos, el emperador Juliano (denominado "el Apóstata" debido a su rechazo del cristianismo y su conversión al mitraísmo y al neoplatonismo) intentó restaurar el estado anterior entre las religiones del imperio al eliminar los privilegios dados por antiguos emperadores romanos como Constantino (exención de impuestos entre el clero cristiano, por ejemplo), prohibiendo a las distintas denominaciones cristianas perseguirse entre sí y volviendo a traer a arzobispos quienes habían sido proscritos por el arrianismo, alentando al judaísmo y una suerte de neopaganismo.

## **LA IGLESIA Y EL DINERO**

«Del 312 al 370 el perfil social de la Iglesia latina occidental fue la "mediocritas", o prevalencia de la clase media, que P. Brown estudia detenidamente en la pp. 95-139. Es esta una época de transición, de "penumbra" o escasez de fuentes (p. 96). Las hay, y muy notables para los años que van del 370 al 430, que formarán el núcleo del libro presente, pues es el tiempo en el que comienzan a producirse cambios verdaderos, que conducirán a la Edad Media, sobre los cuales tenemos una plétora de testimonios. Nuestro autor insiste en que entre el 312 y el 370 el cristianismo vive aún silenciosamente en un mundo reciamente pagano. Los cristianos podían aspirar a que muchos otros conciudadanos se fueran haciendo de su misma fe, pero no podían ni imaginar que con el tiempo el universo social se hiciera cristiano (p. 101). En esos momentos la riqueza de la Iglesia creció solo a base de donaciones de los "mediocres", no de los nobles o los grandes ricos, si bien es verdad que los emperadores comenzaron a partir del 340 a donar a la Iglesia en forma de la construcción de basílicas o iglesias, hecho que se ralentizó "después de la desastrosa derrota del emperador Juliano ("el apóstata") en Persia" en el 363; hubo entonces menos dinero disponible y las donaciones se redujeron, así como las exenciones impositivas" (p. 135). Comienza en este momento entre los laicos a perfilarse la idea de que la riqueza se recibe de Dios y que a Dios debe volver... por medio de la Iglesia (pp. 115-117).

Un resto de la mentalidad pagana –que buscaba ante todo la honra terrenal del donante– se percibe en el hecho de que se registraban en las iglesias los nombres de los dadores para su honra mundana (p. 118). La donación

comienza a pensarse como oración (oratio) y la limosna, como acción buena (operatio). De esta concepción procede parcialmente el lema medieval de que la vida cristiana se resume en oratio et operatio (p. 120), cambiando ciertamente el sentido a ora et labora. Hacer donaciones sustanciosas a los pobres innominados no era aún visto en el siglo IV como virtud cívica, sino puramente religiosa, secundaria en la vida social, que provenía del ámbito judío, trasfondo inequívoco también de la vida cristiana (p. 123).

A partir del 350 comienza a remontar levemente el flujo de ricos que se hacen cristianos. ¿Por qué razón? P. Brown ofrece dos. En primer lugar: la Iglesia era un lugar donde se podía conseguir el perdón de los pecados. En segundo, en la Iglesia era posible la huida de la nerviosa intensidad de la vida exterior: "La combinación de rigor moral y de una sensación de libertad respecto a los límites vinculados con el mundo normal, regido implacablemente por consideraciones de honor y reciprocidad (el patronato), aseguraba que las iglesias pudieran ser vistas como lugares de alivio" (p. 129). Ciertos ricos valoraban el que en la Iglesia se diera "una cierta moderación del sentido de la jerarquía y una ralentización del ritmo de la competencia" (p. 204). De una manera silenciosa se había dado ya el primer gran cambio en la estratificación social: los pobres y los "mediocres" pasan del régimen del patronato tradicional a acogerse al poder y al calor de la Iglesia, un nuevo patronato (pp. 136-138).» [Antonio Piñero comentario al libro de Peter Brown: *Por el ojo de una aguja. La riqueza, la caída de Roma y la construcción del cristianismo en Occidente (350-550)*. Barcelona: Acantilado, 2016; en la página web: [www.tendencias21.es](http://www.tendencias21.es)]

## ORÍGENES DEL CRISTIANISMO HISPANO

---

### Leyendas sobre la evangelización de Hispania

Son muy numerosas las tradiciones, más o menos legendarias, algunas recogidas por autores antiguos (San Clemente Romano, San Jerónimo, San Ireneo, Orígenes, Tertuliano...) que remontan a fechas muy antiguas la llegada del cristianismo a unos u otros lugares de la Península ibérica.

Actualmente se las considera poco más que leyendas sin base, cuyo propósito habría sido legitimar la iglesia hispana con una mayor proximidad apostólica, en un afán por mantener su independencia frente a Roma. Las más importantes son:

- La predicación de Santiago el Mayor: una tradición tardía recogida por San Isidoro de Sevilla y Beato de Liébana, pero no por Gregorio de Tours o Venancio Fortunato, que se considera carente de cualquier base. Según la leyenda, los orígenes de la evangelización de la península ibérica se remontan al mismo siglo I, por el apóstol Santiago el Mayor (vinculado a las historias de la Virgen del Pilar de Zaragoza y del milagroso transporte de su cadáver hasta Compostela).
- La venida de Pablo de Tarso: La tradición recoge que Pablo desembarcó en Tarragona., que es poco probable. La persistencia de las referencias parece

estar sustentada por la Epístola a los Romanos, 15,28 (año 58), donde Pablo comenta su deseo de ir a Hispania: «Saldré para España, pasando por vuestra ciudad, y sé que mi ida ahí cuenta con la plena bendición de Cristo.»

- Los siete varones apostólicos, que habrían sido enviados por San Pedro: Torcuato, Tesifonte, Indalecio, Segundo, Eufrasio, Cecilio y Hesiquio. Entre ellos San Cecilio, que alguna fuente considera anacrónicamente como obispo de Granada, fue martirizado.

## Origen africano de la evangelización de la Península Ibérica

«Aun aceptando la llegada de Pablo a la Península ibérica, la expansión del cristianismo primitivo en Hispania tiene estrechas relaciones con los soldados de la Legio VII Gemina y las comunidades cristianas de África, además de la influencia decisiva de la patrística oriental.

Su vehículo de expansión sería el elemento militar, a través de la Vía de la Plata y sus interconexiones con Gallaecia y Caesaraugusta. Se han encontrado varios rasgos de influencia africana en el cristianismo español primitivo: el análisis filológico de los primeros documentos de la Iglesia (como las actas del Concilio de Elvira -Iliberis-); la arquitectura de las primeras basílicas; el elemento militar y origen africano de los primeros mártires hispanos; e incluso características de la propia liturgia.

Los testimonios más antiguos de la presencia del cristianismo en Hispania son los de Ireneo de Lyon, Tertuliano y la Carta LXVII de San Cipriano, obispo de Cartago (254, en plena persecución de Decio), en la que condenaba a los obispos libeláticos Basíldes de Astorga y Marcial de Mérida.

Sea como fuere, de lo temprano y extenso de la cristianización, sobre todo en zonas urbanas, fueron muestra los mártires de las persecuciones de finales del siglo III y comienzos del siglo IV, como los Santos Niños Justo y Pastor, en Complutum (Alcalá de Henares) o Santa Justa y Santa Rufina en Sevilla; y concilios como el ya citado de Ilíberis (de fecha incierta, entre el 300 y el 324, en el primer caso sería anterior a la persecución de Diocleciano y en el segundo, posterior al Edicto de Milán de Constantino).

En sus 81 cánones, todos disciplinares, se encuentra la ley eclesiástica más antigua concerniente al celibato del clero, la institución de las vírgenes consagradas (virgines Deo sacratae), referencias al uso de imágenes (de interpretación discutida), a las relaciones con paganos, judíos y herejes, etc.

Posiblemente el primer martirio con constancia documental ocurrió el 21 de enero del año 259 en el anfiteatro de Tarraco (Tarragona), donde fueron quemados vivos el obispo Fructuoso, y los diáconos Augurio y Eulogio (persecución de Valeriano y Galieno).

Los cristianos hispanos tuvieron oportunidad de llegar a puestos de responsabilidad en la iglesia romana: la tradición reivindicada para su patronazgo sitúa en Huesca el lugar de nacimiento de San Lorenzo mártir (diácono romano muerto en 258); incluso un texto apócrifo atribuido a San

Donato lo sitúa en Valencia, a donde habría hecho llegar el Santo Grial por orden del papa Sixto II.» [Fuente: Wikipedia]

## Los orígenes del cristianismo hispano

«Las leyendas sobre una supuesta evangelización apostólica de Hispania son tardías y en su mayoría no dejan por ello de reconocer el primado romano, petrino y paulino.

La ausencia de testimonios históricos fidedignos fue más un acicate que un impedimento para las imaginativas mentes del Medioevo, que pudieron recrear libremente estos orígenes, adaptarlos a los gustos de su propia época y, sobre todo, reconstruir a su antojo un glorioso origen apostólico para innumerables iglesias locales.

La leyenda más antigua tuvo como héroe principal a Santiago el Mayor, hijo del Zebedeo, apóstol decapitado en Jerusalén, por orden de Herodes Agripa, el año 44 (Hch 12, 1 ss.). Bastaría sólo esta fecha de su muerte para quitar toda credibilidad a la hipótesis de que él fuera el primer evangelizador de Hispania, pues apenas habría contado con unos pocos años para cumplir tamaña misión, en una tierra tan lejana y con una población cuya lengua y costumbres desconocía.

El principal argumento en su contra es, sin embargo, que nada diga al respecto la literatura hispana o gala antes del siglo VII, ni siquiera la de Galicia, tierra en la que más arraigo tendría la leyenda hasta el punto de que una variante posterior de la misma afirma que el cuerpo sin vida de Santiago fue milagrosamente transportado desde Jerusalén y enterrado en Santiago de Compostela, que a ello debe su nombre.

Las leyendas sobre la predicación de Santiago en Hispania, como las referentes a su *translatio* y a la *inventio* de su sepulcro en Galicia, nada aportan sobre los orígenes reales del cristianismo en la Península ibérica. [...]

Por haberse idealizado de tal modo el origen del cristianismo hispano, no sorprende que los primeros datos históricos sobre el mismo –la carta 67 de Cipriano y las actas del concilio de Elvira– fueran a menudo vistos con despectivo recelo, pues en ellos queda patente que la moral y la fe de los primeros cristianos, tanto de la jerarquía como de la grey, estaban lejos de ser ejemplares.

La idealización religiosa y la exaltación nacionalista no aportaron nada, salvo oscurantismo, al conocimiento del cristianismo primitivo en Hispania, pues daban por verídicos e incuestionables los relatos transmitidos en las leyendas apostólicas: la creencia de que el cristianismo se difundió en épocas muy tempranas, antes de mediados del siglo II, por la Península, y la equiparación inconsciente que suele hacerse entre este cristianismo hispano y el que vivieron y difundieron las primeras comunidades.

Lo cierto es, sin embargo, que, en tanto nuevos testimonios no digan lo contrario, hemos de aceptar que la cristianización de Hispania se produjo en

fechas tardías, no antes del siglo III y que, en consecuencia, se trataba de una religión ya muy romanizada.

Es importante destacar este extremo porque ello nos obliga a tener en cuenta que Hispania no conoció, que sepamos, ninguna de las formas primigenias del cristianismo, como tampoco lo conoció ninguna provincia de la parte occidental del Imperio, con excepción de Roma y quizá de alguna otra ciudad donde pudieron coincidir un puñado de fieles de los que no nos ha llegado ningún testimonio histórico<sup>18</sup>. Conviene tener presente que el cristianismo de los siglos I y II era una creencia plural, fragmentada en corrientes e iglesias heterogéneas y no siempre bien avenidas, y que sus adeptos constituían una exigua minoría, apenas unas decenas de miles de fieles desigualmente repartidos por las innumerables ciudades del Imperio y liderados por unas docenas de hombres letrados o carismáticos.

Lo milagroso es que al fin lograran forjar una sólida unidad en torno a una sola y Gran Iglesia a finales del siglo II e inicios del III. No es, por tanto, sorprendente que en Hispania no haya el más mínimo rastro de judeocristianismo, es decir, del cristianismo entendido como una secta judía que tiene a Jesús por profeta o mesías, pero no Dios, y espera anhelante la llegada inmediata de su Reino; ni tampoco sorprende que las fuentes desconozcan la presencia en la Península del ideario teológico y sacramental difundido por Pablo y sus seguidores, con sus esperanzas escatológicas y su organización en iglesias autónomas y fraternales; ni que tampoco atestigüen la presencia en las provincias hispanas del cristianismo filosófico y moralizante que difundieron los apologetas griegos del siglo II.

De lo que nos hablan los primeros testimonios hispanos es, por contra, de una religión jerárquicamente estructurada, muy compenetrada con su entorno social y religioso, y también muy desigualmente implantada por la Península ibérica.

Si algo resulta llamativo en la jerarquía cristiana de este tiempo es la naturalidad con que los fieles hispanos asumían y desempeñaban los diversos cargos clericales. Es obvio que ello no implicaba ninguna ruptura ni con su carrera política, ni con su actividad social, ni con su vida familiar. [...]

La tardía implantación del cristianismo en Hispania y su consiguiente naturaleza sincretista, explica que la fe o las esperanzas escatológicas de los primeros tiempos se encontrasen ya en gran medida eclipsadas por otras expresiones religiosas, de carácter ceremonial, y contagiadas de elementos propios de la cultura greco-romana.

En este sentido, la espiritualidad sencilla y pasional del cristianismo primitivo posiblemente ni siquiera llegó a conocerse en la Península, o en todo caso quedó truncada a partir del siglo III, cuando aquella doctrina asumió en Occidente las formas propias de la religión clásica. [...]

Fuera cual fuese el tiempo y la naturaleza del cristianismo que llegó a Hispania, su constitución en una religión y en una Iglesia influyente sólo se verificó, según hemos subrayado, en fechas avanzadas del siglo III, cuando

ya había asimilado múltiples elementos culturales del paganismo y sus adeptos no sintieron su conversión ni vivieron la nueva fe como una negación o ruptura radical con el pasado.

Sin el recurso a este profundo sincretismo religioso, hubiera sido inviable la cristianización de amplias masas populares, por superficial que ésta fuera. Incluso así, el fiasco relativo de tamaña empresa se pone de relieve en el escaso apego de innumerables cristianos a sus propios rituales (festividad dominical, pentecostés, asistencia regular a la iglesia...) y el atractivo que, por contra, siguen teniendo para ellos las fiestas paganas (subidas al capitolio, procesiones religiosas, celebraciones de año nuevo.» [Ubiña, José Fernández: "Los orígenes del cristianismo hispano. Algunas claves sociológicas", en *Hispania Sacra*, LIX 120, julio-diciembre 2007, 427-458]

---